

Invisible

Carolina Sánchez

BIOGRAPHICAL NOTE: Carolina Sánchez es una escritora e investigadora colombiana. Ha publicado sus textos literarios en revistas latinoamericanas y españolas como *Corónica*, *Matera*, *Poesía*, *Zéjel*, *Otro páramo* y *Temporales*. Fue seleccionada para participar en *The Americas Poetry Festival of New York 2019* y en el programa de poesía de la Feria Internacional del Libro de Nueva York, en el Instituto Cervantes (FILNYC 2019 y 2020). Es la autora del poemario bilingüe *Viaje / Voyage* (Ultramarina Cartonera & Digital, 2020) que traduce las imágenes de la película *Stalker* de Tarkovski en palabras. Es co-editora de la Plataforma Latinoamericana de Humanidades Ambientales.

—¿Entonces, mamá Conchita le va a hacer a su hija Cecilia un manto transparente para que se case con dios? —dice Ana reclinándose del cojín donde está mirando el techo y abraza sus rodillas huesudas.

—No, le va a coser un manto invisible. No es como la cortina que vuela en el corredor y usamos para hacernos velos de Cleopatra. Sino que no se ve —responde Magui, girando la cara hacia Ana. Sus ojos se asoman detrás del capul y las gafas de marcos gruesos. Sobre los cojines se extienden los pliegues desordenados de los vestidos, redondos y abultados como repollos.

—Pero entonces, si no se ve el manto, ¿la tía se va a casar con dios desnuda?

—Yo oí decir a mamá Conchita que iba a comprar un rollo de tela en el 7 de Agosto y... Mira, mira... —Magui se levanta de repente y señala el borde de la matera.

—Es una mantis religiosa. Yo tengo esa mona en mi álbum de chocolatinas Jet. Mamá Conchita me la leyó. Decía que sabe hacerse transparente, disfrazarse de hoja para esconderse. Pero está ahí, observando. Se parece a nuestra hermana, con sus piernas y brazos largotes y flacos. Con sus ojos grandes.

—Sí, sí. Se parece. Pero creo que es una araña. No sé si aquí haya mantis, creo que son del África. Seguro está tejiendo su casa por aquí cerca, alrededor de nosotras. Pero es casi invisible. Como nuestra hermana que se fue hoy con el abuelo al trabajo. Debe estar en la oficina jugando a escribir, tecleando en la máquina. La próxima semana es mi turno ...

—Niñas, vengan a saludar a la tía Cecilia —dice mamá Conchita asomando la cabeza en el estadero.

—Mamá Conchita, ¿el manto que le vas a hacer a la tía es transparente o invisible? ¿Es como el cuento del otro día, como una tela de araña? —pregunta Ana.

Conchita se ríe.

En su cuarto de costura, Conchita saca varias telas de la parte alta del clóset, donde las guarda enrolladas como los pergaminos que las niñas han visto en la tele. Sobre la mesa, la Singer descansa bajo un forro gris, igual al que cosió para cubrir la máquina de escribir del abuelo, su hijo. Mientras conversa con la tía Cecilia,

Conchita se sienta frente a la Singer y el siseo rítmico de la aguja sobre la tela adormece a las niñas. Suena como la máquina del abuelo, dice Ana. ¿Será que mamá Conchita le enseñó a escribir al abuelo?, le susurra Magui a Ana. Pero las marcas que hace en la tela casi no se ven, porque ella cose por el revés, continúa Magui. Así no se vean las marcas sobre la piel de la tela están ahí, dice Ana casi para sí misma. Luego intenta averiguar si Conchita es como la viejita de la película de Hércules que corta los hilos de la vida de otros con sus tijeras gigantes de costura y si va a cortar la vida de la tía Cecilia. Esta vez Conchita permanece seria, consiente la tela con su mano gruesa, y repite alguna sentencia secreta, como convenciéndose a sí misma de algo.

Las dos niñas miran hipnotizadas las manos en movimiento de Conchita midiendo el cuerpo de la tía Cecilia. La tía está parada en un banquito y parece una de las vírgenes de las estampitas que Conchita guarda, toda rodeada de alfileres y velos. No, es un Cristo penitente, dice Ana aprovechando la nueva frase que le escuchó a una de las amigas de Conchita hace un par de días. Las niñas aguantan la respiración y tienen miedo de que en un descuido le clave los alfileres y ganchos de nodriza en la piel a la tía Cecilia. Temen que pronto empiece a resbalar la sangre escandalosa sobre la tela blanca, como sobre una sábana. Mi mamá también me lastima a veces sin querer, porque no sabe cómo ayudarme, le susurra Magui a Ana al oído. Y le muestra la cicatriz de una heridita que tiene en la mano.

La calma guía a Conchita y le permite percibir los mirlos de la ciudad que le recuerdan la casa de su infancia en la sabana. Apenas abre las puertas del clóset-altar de madera oscura que ocupa toda la pared, un penetrante olor ácido y polvoroso invade el pequeño cuarto de costura. Adentro hay rollos de tela, imágenes de elefantes plastificadas por ella misma, brasieres a los que les ha hecho bolsillos secretos donde guarda estampitas y medallas de santos, cajas de tic-tac con agujas y fragmentos extraños de la ciudad que ha ido encontrando y disecando en su museo personal. Atesora los recuerdos en cajas de lata con bordes dorados o plateados que antes habían sido de galletas o dulces y ahora contienen recortes

de periódicos, volantes publicitarios de cuando era niña, fotos de personas que las niñas nunca han visto, almanaques Bristol, velas y tarritos de Menticol llenos de botones. Una cajita con pelo rubio del abuelo cuando era niño. Cofres con ojos de muñecas que se cierran y abren por sí solos.

—¿Pero si igual va a encerrarse, por qué viajar tan lejos, hija? ¿Por qué no aquí? Puede volver a enseñar en el colegio. Vivir en el centro de la ciudad, cerquita a donde vivíamos antes su hermano, usted y yo.

—Mamacita, usted más que nadie lo sabe. Mi abundancia está en la renuncia. Desde ese día que quemé en el jardín todos los recuerdos que me pudieran atar. Fue nuestra última cena juntos en la casa, ¿se acuerda?

—Cuando usted se fue, y yo estaba tan triste, la rosa Cecilia floreció. Esa rosa pequeñita que tenía yo en el jardín de la casa en el centro de la ciudad desde que estaba embarazada de usted. Yo tenía miedo del parto. Puse un par de esas rosas en el altar y le pedí a la virgencita que me acompañara. Ahí fue cuando decidí que usted se llamaría como esa rosa chiquita. ¿Por qué es usted la que tiene que irse tan lejos, cambiar de nombre? Tal vez pueda...

—No. Lo que es preciso saber, lo tengo bien aprendido. Mamacita, usted que sabe los nombres secretos de las plantas, piense que la rosa sabe nombrarse a sí misma.

Un día, escondidas bajo la máquina mientras observaban a Conchita moverse como si tocara un piano, las niñas le preguntaron cómo se había hecho costurera. Conchita se rio inclinando la frente hacia su pecho y les contó de cuando había llegado a Bogotá y era apenas unos años mayor que ellas. La ciudad era tan gris y ella

extrañaba las azaleas y la mañana fresca de la casa de su madre en Cajicá. Su primer trabajo fue en una fábrica de calzones. Le había prometido al jefe que cosería cincuenta calzones por día, pero nunca había tocado una máquina de coser. Se sentó con expresión seria de entendida, en el salón grande lleno de máquinas organizadas en filas como pupitres, y con disimulo empezó a mirar qué hacía la mujer del pupitre vecino. Al final del día consiguió coser quince calzones y los escondió al fondo de las pilas de sus compañeras para que no fueran los primeros en el control de calidad.

Luego de que la tía Cecilia se fue, Conchita sacudió las hebras de tela que tenía pegadas al saco, se paró frente al espejo del baño y se peinó los crespos blancos, distribuyendo el agua de rosa con su peine de carey. Silbaba mientras escuchaba la radio a un costado del lavamanos. Sentó a las dos niñas en la cama y las miró con sus calmos ojos azules y les dijo que les iba a enseñar el secreto del manto invisible. Lo había descubierto cuando era niña y la habían enviado a un internado de monjas. Todo el día la regañaban y no la dejaban salir al jardín a mirar los pájaros ni coger las papayuelas de los árboles del convento. En el clóset de una monja encontró un hilo y una aguja y se hizo un manto invisible. Se lo puso y fue hasta el sótano del convento. Allí se pintó la cara y el cuerpo con carbón y esperó a que las monjas bajaran por la leña para prender la estufa. Asustó a las monjas, ellas dijeron que Conchita era Satanás y así, gracias al manto invisible, regresó a la casa de su madre en Cajicá. Conchita les prometió a las niñas que cuando terminara el manto de la tía Cecilia, les iba a coser mantos invisibles para ver sin ser vistas, como la hermana araña que escribe en secreto.